

UNIVERSIDAD Y REFORMA

Después de que fuera lanzado el grito de Córdoba hace cuarenta años, asistimos aún, tanto al reclamo encendido de los estudiantes de acuerdo con los objetivos señalados en 1918 por el movimiento renovador de la ilustre ciudad argentina, cuanto a la polémica entre los que se mantienen leales a esa declaración y los que piensan de manera distinta. El asunto es muy interesante y la oportunidad para tratarlo se muestra propicia. Intentemos, pues, el esclarecimiento de algunas ideas a este respecto.

Como se ha dicho hasta la saciedad, el movimiento de Córdoba estuvo dirigido principalmente contra la Universidad oligárquica. Era, por consiguiente, más político que educativo, lo que no le quita los caracteres de necesidad y utilidad que tuvo al tiempo de producirse. Si la Universidad era un círculo cerrado para beneficio de un grupo de personas que gozaban de ese privilegio, había que acabar con él, a fin de que la institución educativa estuviera abierta a todos, en lo sucesivo. Se trataba de llevar la democracia al seno mismo de la Universidad, de ponerla a tono con los principios por los que habían luchado San Martín y Bolívar y de incorporarla, por tanto, con toda plenitud, a la vida nacional.

La íntima vinculación que hay entre la Universidad y un determinado grupo humano, explica los males de aquella en países atrasados, semi-coloniales y en pleno proceso de formación. Los líderes del movimiento reformista tuvieron una idea clara de esta dependencia y en sus manifiestos y discursos no reconocieron límites de ninguna clase entre la vida universitaria y la de los pueblos de la América Latina.

Desde entonces, el avance ha sido notable en más de un aspecto, pero es preciso reconocer que la educación ha quedado un tanto rezagada y que no ha sabido ponerse a tono, en la mayor parte de los casos, con el progreso de la sociedad. La palabra es tanto más pertinente cuanto que se trata, efectivamente, de un *progreso* material. Asistimos al espectáculo de un formidable crecimiento demográfico y urbano, de una explotación cada vez mayor de nuestras riquezas naturales y de un paso lento y tímido de una etapa agropecuaria y de simple extracción de materias primas a otra etapa de industrialización. Es cierto que nuestros pueblos van trocando el molde colonial por la libre vida republicana y los gobiernos despóticos por los gobiernos democráticos, pero no es menos evidente que nos falta mucho todavía para presentarnos como pueblos dignos de ese nombre, con plena conciencia de sí mismos, dueños de una personalidad definida, propia de un estado de madurez que está todavía por venir. Convergamos en que es mucho más fácil establecer industrias y promover el adelanto económico, que lograr el mejoramiento del hombre en la esfera espiritual.

Con el transcurso del tiempo, sectores cada vez más amplios de la sociedad han ido llegando a las aulas universitarias hasta estar representados en ellas, probablemente en su verdadera proporción, pero se puede afirmar que no ha ocurrido lo mismo con los profesores que, de otro lado, no han compartido el anhelo renovador de sus alumnos sino en muy escasa medida, lo que ha sido y es causa de desequilibrio y conflictos que perturban la vida de la Institución.

Es preciso afirmar también que los postulados del Primer Congreso Nacional de Estudiantes de Córdoba se han logrado en un buen número de universidades latinoamericanas: la participación de los estudiantes en el gobierno de la Universidad, la extensión universitaria, la asistencia social, la publicidad de los actos de la Institución, la asistencia libre y la periodicidad de la cátedra.

¿No es recomendable, en consecuencia, que se haga un

alto en el camino y que se eche una mirada hacia las conquistas logradas, la realidad actual y las previsibles realizaciones futuras?

Vamos a intentarlo. ¿Qué es o debe ser la Universidad en nuestros días, en una época que se caracteriza entre otras cosas, por la rápida evolución social, la estrecha interdependencia entre los Estados, el avance hacia la unificación del mundo, el ritmo veloz con que marchan las ciencias y la técnica, el formidable crecimiento demográfico y urbano de unas zonas, el sentimiento nacional y anticolonialista de otras, la multiplicación y difusión del libro, el empleo universal de la prensa, la radio, el cine y la televisión? Es inconcebible ya que se forme al conjuro del interés de un grupo de alumnos por escuchar a determinados maestros o que exista como un oasis de estudios indiferente a la agitación circundante o que se reduzca a constituir un centro formativo de profesionales para que satisfagan determinados requerimientos del organismo social.

La Universidad debe ser, seguramente, un núcleo de depurada vida humana, en que sea tangible la rectoría de valores y principios elevados y permanentes en medio de las mutaciones transitorias; una isla de meditación y estudio desinteresados, entre el párrafo de intereses circunscritos y perecederos de individuos, grupos, instituciones y Estados; un centro de universalidad de ciencias, de corrientes filosóficas y de escuelas artísticas en el que, por encima de las fronteras y los límites, se levante, vigoroso, un profundo amor humano; un recinto en el que se rinda culto a la trilogía de la Verdad, el Bien y la Belleza; un laboratorio de investigación que ensanche el campo del conocimiento y contribuya a aumentar el poder de la especie sobre las fuerzas naturales; un poderoso elemento de ayuda en la lucha que se sostiene para favorecer el bienestar, la felicidad y el perfeccionamiento del hombre.

Es indudable que la Universidad tiene, al mismo tiempo, un carácter universal y nacional, como ya lo ha dicho

más de un tratadista; que está comprometida, por tanto, a mirar, recibir y dar, teniendo por campo, la amplitud del mundo, no menos que a hundir la raíz en el medio donde actúa y servir a los requerimientos de la sociedad que la sustenta y de la que pende como un fruto.

Y es evidente también que debe primar en ella un sentido de unidad perfectamente compatible con el de universalidad, como nos lo recuerda Juan David García Baca. "Dicen que universo (universum) viene de *versus-unum*: hacia unidad o *contra* unidad. Siempre, en una u otra relación a la unidad... La Universidad es, pues, una institución de *Unidad*, de unificación de todo, cuando *universum*, universo, es vivido y sido como *hacia* (versus) *unum*" (1).

Bernardo A. Houssay (2) ha señalado las "características de una universidad de primera clase" que bien podríamos admitirlas como de una universidad moderna, sin olvidar las consideraciones anteriores. Helas aquí:

"1) Sus profesores y docentes se consagran, exclusivamente, a la docencia y a la investigación. 2) Realizan investigaciones originales y forman investigadores. 3) La Enseñanza está basada en el espíritu científico, o sea, en la investigación. 4) Forma hombres superiores por su capacidad técnica, su cultura y su conducta. 5) Desarrolla la inteligencia, la iniciativa, la independencia de juicio y un patrimonio profundo, racional e ilustrado. 6) Ayuda intensamente a la formación y adelanto de los jóvenes mediante muchas becas de perfeccionamiento o de investigación. 7) Hay mucho contacto directo, y franco entre los profesores, sus colaboradores y los alumnos. El número de alumnos está en relación con la capacidad docente (sitios de trabajo y recursos). 8) Posee una biblioteca moderna muy completa y con plena vitalidad,

(1) JUAN DAVID GARCÍA BACA: *Universidad y Universalidad - La Universidad en el Siglo XX*, Facultad de Educación. Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima 1951.

(2) BERNARDO A. HOUSSAY: *La Investigación Científica*, Editorial Columba, Buenos Aires, 1955.

dinámica y no estática. 9) Las materias científicas básicas son favorecidas con los mayores recursos posibles. 10) Hay amplia colaboración, culto escrupuloso a la verdad, amistad y corrección en el trato entre sus miembros; no prospera la maledicencia. En resumen, se reconoce que una universidad es de clase superior porque realiza una investigación original, forma los mejores graduados, es innovadora y progresista, tiene profesores "full-time", buena biblioteca y laboratorios activos y eficaces".

Bien podríamos referirnos nuevamente a la Universidad Latinoamericana en particular, después de haber señalado algunas de las características propias de la Universidad en general. Surge de inmediato una pregunta: ¿Cabe hablar con propiedad de la Universidad Latinoamericana? ¿Es que existe realmente?. Estas preguntas pueden entenderse hasta de tres maneras distintas: Si funciona una *verdadera* Universidad en esta parte del mundo; si hay *una* Universidad en la América Latina, pese a la diferencia de los países que la integran; y si, en caso de haberla, corresponde, en parte siquiera, a los caracteres sustantivos del medio humano dentro del cual se desarrolla, en forma tal que sean fácilmente perceptibles su originalidad y su personalidad.

En referencia al primer punto, la respuesta no puede ser tan categórica y habrá que reconocer que existe una variada gama que va desde la Universidad auténtica hasta el más rápido esbozo de este tipo y que, en la mayor parte de los casos, hay un largo camino que recorrer para que los resultados sean satisfactorios. Que es legítimo hablar de *la* Universidad Latinoamericana lo prueba el hecho de que existe una comunidad humana cuyos vínculos son tan evidentes que sería inútil hablar una vez más acerca de ellos; y es lógico entonces, que esa comunidad se refleje en cada una de sus instituciones. Tan pertinente es referirse a la Universidad como a la literatura, el arte o las costumbres latinoamericanas. Por último, el tercer punto es el más débil, puesto que la personalidad de una institución como ésta depende, a su vez,

de la personalidad del pueblo que la sustenta y no cabe hablar de ella en grupos humanos que, pese a su acelerado crecimiento, se encuentran aún en la etapa de la infancia o la adolescencia. Luis Alberto Sánchez (3) cree que los rasgos distintivos de la Universidad Latinoamericana son los siguientes: "Fundamentalmente pretende servir a su pueblo y al Estado"; "depende en forma inmediata de las necesidades públicas y trata de encararlas"; "es mirada con indiferencia, si no enemistad, por las clases adineradas, que rara vez le prestan su concurso económico"; "es vista con recelo, sino oposición, por los regímenes políticos en general... por lo mismo ella es naturalmente rebelde"; "trata de restaurar o ha restaurado el clásico concepto de ser una convivencia o fraternidad de profesores graduados y alumnos; practica aún el sistema de enseñanza teórica, clásica, con escasa o poca aplicación práctica"; "trata de crear un elemento profesoral o docente, pero, a falta de ello, coincide en tratar de corregir el burocratismo docente con la temporalidad de la cátedra"; "encara el arduo problema de un estudiantado proletarizado, que debe trabajar para vivir y estudiar"; "disfruta de rentas insuficientes para sus más elementales objetivos"; "está aislada del sistema general de enseñanza". Convengamos en que la mayor parte de estos caracteres son más adjetivos que sustantivos y que algunos de ellos se encuentran en el contorno que en el objeto mismo que se pretende delimitar, lo que se explica por las consideraciones que siguen.

La Universidad Latinoamericana debe esforzarse, seguramente, por corresponder, con la mayor fidelidad posible, a los rasgos distintivos de la comunidad humana a la que pertenece, rasgos que a la larga, constituirán la personalidad histórica de esta última; debe superar las dificultades del momento, romper las ataduras temporales y afirmarse sobre bases de innegable perennidad. No es admisible que se trate de

(3) LUIS ALBERTO SÁNCHEZ: *La Universidad Latinoamericana*, Editorial Universitaria, Guatemala, 1949.

resolver el problema universitario desde el punto de vista de la conveniencia de los profesores como tales o de los alumnos por ese carácter, ni que interfieran intereses ajenos a la Institución, ya sean religiosos, políticos, sociales o de cualquier otra índole. La Universidad Latinoamericana que, por tanto, irá recogiendo las notas esenciales del pueblo para incorporarlas a su vida y magnificarlas en su seno, que investigará la realidad de que forma parte y contribuirá decididamente a su comprensión y mejoramiento, será la culminación de la vida de ese pueblo no sólo en su aspecto intelectual sino en el social y el político, de la vida cultural, en suma, como una concreción ejemplar y elocuente de lo que ese pueblo debe ser y que será sin duda, en lo porvenir. Esto significa, entre otras cosas, el abandono de los intereses creados, el desorden, la indisciplina, las recomendaciones, los favores mutuos, los círculos de beneficiarios, la adulación, la desconfianza, los recelos y en general, las irregularidades, deficiencias y vicios de la Institución, no menos que los bajos apetitos y pasiones inferiores por parte de quienes la integran.

Al mismo tiempo es preciso que la Universidad Latinoamericana ponga el mayor empeño para aproximarse, lo más que sea posible, a aquellas instituciones de este tipo que gozan de un prestigio universal a causa, precisamente, de la dignidad y nobleza con que han cumplido la misión que tomaron a su cargo. Hay un arquetipo de Universidad que no se debe perder de vista ni un solo momento. Y debe haber también una fecunda coincidencia entre la universalidad, la nacionalidad y el tiempo que vivimos.

Conviene que entendamos la Reforma, aun escrita con mayúscula, como una tarea permanente. En países, o mejor, "unidades de convivencia", como quiere que se llamen Julián Marías, que están sometidos a un rápido proceso de crecimiento, esta reforma constante es indispensable. Es natural que en Europa las Universidades permanezcan generalmente invariables: pertenecen a pueblos que han llegado a la madurez, que tienen una larga tradición y un ambiente cultu-

ral de alto valor y de probada eficacia; no ocurre lo mismo con estos pueblos de la América Latina que se están formando, en los que hay, por tanto, sucesivas e interminables imitaciones y cuya ley parece ser más bien la del crecimiento y la evolución. En ellos, la educación se presenta como la primera de las necesidades pero, aunque es notorio el imperativo de adaptar constantemente las instituciones a las nuevas formas de vida que resultan de esta evolución constante, no lo es menos el de que aquéllas mismas, en cuanto ejercen una función directiva y representan lo sustantivo de la sociedad, se adelanten a ésta en el camino de la comprensión, de la conciencia y de las realizaciones, avizoren el porvenir, señalen la ruta y signifiquen la estabilidad en medio de los cambios incesantes, la serenidad entre el oleaje de las pasiones desatadas, la vida disciplinada y normativa a la vera del desorden, la arbitrariedad y el capricho. La Universidad es, precisamente, una de tales instituciones y a ella le corresponde, acaso más que a ninguna otra, cumplir este papel histórico.

EMILIO BARRANTES